CAPITULO XVII.

FIN.

A la mañana siguiente, recibió Luis una tarjeta de Leonor que decía así:

"Leonor Quintanilla, suplica á usted le haga el favor de venir esta tarde á esta casa, después de las cinco, para tratar de un asunnto importante."

Muy puntual á la cita, estuvo el joven. Recibiéronle Rosa y Carolina, á poco salió Leonor, y la conversación fué enredándose del modo más agradable. Una tras otra, con frívolo pretexto, se retiraron las hermanas mayores.

Al verse solo con Leonor, díjole Luis:

—¡Con qué gusto he venido! Me imagino la resolución de usted. Por fin acepta usted mi cariño.....

—Mucho tenemos que hablar,—contestó Leonor—mucho y muy importante. Perdone usted, si por casualidad, y muy á mi pesar, puede usted estar seguro de ello, se me escapa alguna frase amarga, alguna palabra dura. Hay cosas de las cuales no se habla con frases de miel.

—Luis no acertaba á comprender á dónde iba la joven. Esta presiguió:

—Me manifestó usted su afecto, y yo no le rechacé; me dijo que me amaba, y yo que sentía por usted simpatía vivísima, callé, y ni dí á usted esperanzas ni le rechacé con un desaire; no debía yo hacer ni lo uno ni lo otro. Pasaron los meses, me conduje, como era natural, con el mayor decoro, usted insistió y yo le escuché otra vez. Entonces no disimulé que le prefería, pero no quise que ni usted ni yo quedáramos comprometidos, ¿no es verdad? Fijé un plazo; usted le quiso más corto, y yo no accedí. Me comprometí únicamente á abreviarlo

si lo creía debido, si me convencía del amor de usted, y si me lo ordenaba el corazón. Ese momento llegó, Luis, y para tratar de eso he molestado su atención y le he distraído de sus ocupaciones.

—¡Gracias Leonor! ¡Gracias! ¡Mi felicidad no tiene límites!

Leonor le detuvo con un ademán:

—He sabido.... Perdóneme usted, perdóneme, pero hay cosas que deben ser dichas..... He sabido que usted, por un error juvenil, por extravíos de la edad, por falta de experiencia, por la vida de esta ciudad, llamada con razón Villatriste, vida engendradora de tedio, de aburrimiento y de vicios, hace tiempo contrajo usted lazos ilícitos que tienen que ser desagradables á una mujer que algo vale y que se estima en mucho.

Luis palideció, encendióse después, é iba hablar.

—¿Es cierto eso?

—Sí, Leonor!

—¿Es verdad que esos amores... eso!

—Soy padre de varios niños.

—Lo sabía yo, pero he querido oírlo de labios de usted.

—Es cierto.

—Pues bien, ¿quiere usted que le dé mi corazón, mi mano, que sea yo la compañera de su vida?

—Sí, Leonor.

—Pues.... deseo en usted un hombre nuevo, purificado de las manchas esas.

—Lo seré.

—¿Romperá usted esos lazos que le deshonran y le avergüenzan? Me lo dice claro el rostro de usted.

—Hoy mismo.

—¡Y esos niños! Hijos son de usted... y no deben vivir lejos de usted! Comprendo que la madre... ¿Podría educarlos convenientemente?

Luis con un movimiento de cabeza dijo que no.

—No; sin duda. Pues los recogerá usted, y los llevará á nuestro lado. Yo seré para ellos como una madre.

—Leonor: es usted un ángel!

La joven sonrió satisfecha de sí misma.

—No seré la madrastra, créalo usted... Yo prometo cumplir debidamente, y que murmuren y comenten; que charle Galeoto, no le temo. Pero exijo de usted vida nueva, para hacer de usted, á quien amaré con toda el alma, á quien amo ya con todo el corazón, lo que ha debido ser desde los primeros años.

Luis se inclinó, y tomando la mano de Leonor, se la estrechó suavemente.

—Sí, Luis: seré esposa de usted, y diga el mundo lo que quiera, murmure lo que le plazca; y que se comente nuestro matrimonio en todos los círculos, bien ó mal, desde las sacristías donde chismean beatas, hasta en la casa de Clotilde Orcillés que es para mí un símbolo, el alma triste por excelencia, la personificación viviente de nuestra aburridora ciudad! No sé donde leí que la tristeza, alma de la vida moderna, es en el mundo actual fuente de males y engendradora de vicios. Ciertamente: la virtud es alegre.

—Leonor: nunca soñé con tales dichas. Seré bueno. ¿No es verdad que el arrepentimiento es más meritorio que la inocencia?

—Ahora, espere usted á mi padre y pídale mi mano.

Y en seguida gritó:

—¡Carolina! ¡Rosa! ¡Vengan! ¡Todo está arreglado!

Al llegar las hermanas levantóse Leonor, y con aristocrático porte, con énfasis dramático, hizo la presentación, imitando una escena de Onhet y haciendo reír á Rosa, á Carolina y á Luis.

—*Mi hermana Carolina... Mi hermana Rosa.....*

Y, señalando á Luis:

—*¡Mi prometido!*

FIN.